

HIGIENE PUBLICA.

En nada se parece tanto el hombre á los dioses, dice Cicerón, como en fundar poblaciones y en conservar las ya formadas palabras que por hoy las evocamos, con el intento de llamar la atención de la administración municipal en las presentes circunstancias; pues las vastas incumbencias de ella, le imponen deberes que tienen que ver mucho con los preceptos de la Higiene.

Toda vez que una epidemia azota un pueblo, medianamente civilizado, vemos que el médico higienista y la Municipalidad se ponen en guardia: investigan sus causas, dictan providencias y hacen reformas mil para su salvación, sin omitir gastos por cuantiosos que sean. Que esto nos conduzcan, pues, á pensar seriamente en el estado de insalubridad en que vivimos y á apartarnos del abismo al que diariamente avanzamos.

La disentería y la colerina han sido, entre nosotros, tan sólo endémicas, y al presente son ya casi epidémicas; ¿en dónde residen las cuasas de este cambio? Atrévámonos á señalarlas: está, por ejemplo, en el agua de consumo diario que es escasa y viciada: tratemos de demostrarlo.

Decimos en primer lugar, que es escasa; no por que nos falten ríos, pues contamos con muchos abundates y bellos, pero que sólo recrean la vista y nada más, sin proporcionarnos hasta hoy el alivio de nuestras necesidades, ni siquiera los doscientos litros que ha menester cada individuo, como lo indica la mayor parte de los higienistas. Véanse sino nuestros acueductos y surtidores, conduciendo y dando una tan pequeña cantidad de líquido, que aún no basta para las más imperiosas necesidades. Mucha razón tuvo aquel extranjero que al pisar nuestro suelo mirando la pila de la plaza mayor dijo: "aquí ordeñan las plazuelas de Santo Domingo, San Blas y otras? Ya se ve que estas no merecen el nombre de tales; pues mas bien se asemejan á esa especie de cafeteras de barro que se encuentran en los sepulcros de los incas.

El agua constituye el todo de una ciudad, decían los romanos; y en efecto, ella es para una ciudad lo que la sangre para el cuerpo humano; pues mientras más abundante y limpia sea, será mayor la comodidad y el adelanto de un pueblo: su salud, su vejetación y su industria hidráulica harán su feleicidad. El eminente Monlau dice: "el agua, no sobra nunca, como no sobra el aire puro ni la luz; Londres, Paris y Madrid han gastado millones en proporcionarse ese elemento y purificar sus ríos; porque conocen que la naturales es severa en este punto, ó se ha de tener agua abundante y buena: ó se ha de pagar en enfermedades y

defunciones." ¿Podrá haber aseo y limpieza en nuestras calles y hogares faltándonos este requisito? Mil veces no: vivimos en la inmundicia y las enfermedades son su consecuencia.

Pasemos á hablar de las principales condiciones que debe tener el agua potable. El agua de río es de fuente que corre descubierta y por lo mismo se llama agua viva, lo mismo que la lluvia conservada en cisternas bien apropiadas. Son de éstas de las que vamos á ocuparnos al presente, omitiendo hablar de las de pozo, lago, estanque, &, &, pues que no existen entre nosotros.

El agua potable conoce tanto el simple campesino, como el químico; la naturaleza pródiga ha dotado á sus hijos de facultades para elegir lo bueno y rechazar lo malo; y así cuando el rústico dice: esta agua tiene mal olor, no es apta para la vida, el químico analiza inmediatamente en sus retortas, y con reactivos encuentra lo que antes sólo percibió el olfato. En apoyo de esta verdad hable Jiné y Partagás: "El organismo dice, es el reactivo que mejores indicaciones ofrece para determinar la potabilidad ó la inpotabilidad de las aguas: todas las que despiden algún olor y las que tienen un sabor ingrato, deben ser deshechadas. La observación clínica, apreciando las causas que dan margen á las enfermedades de una localidad, puede descubrir en las aguas de ésta, un agente maléfico, cuyas cualidades hubieran quizás pasado desapercibidas para el análisis químico." Una vez que la ciencia repeta estas cualidades téngase por agua potable la que sea cristalina, lijera, sin olor, de sabor agradable, que disuelva el jabón, que hierva sin enturbiarse, que no cause peso en el estómago ni perturbe las digestiones. Estas ligeras señales, sin dejar de ser un análisis organoléptico, están al alcance de todos. Ahora bien, veamos el resultado del análisis químico relativo á la parte orgánica del agua que, se encuentra á la parte occidental de esta ciudad: es el hecho que tratada por el cloro ó por un conocimiento de nuez de agallas, no deja precipitado, lo cual indica que no tiene materias animales; pero si esta operación la repetimos en aguas tomadas de nuestras pilas encontramos que da un precipitado; esta diferencia tiene su explicación. Muchos curtidores preparados con sus noques reciben agua limpia y no la devuelven mezclada con la putrefacción de sus depósitos: he aquí, una de las causas de las enfermedades: el agua así viciada es el vehículo de muchos infusorios, y es de esta manera como se ha multiplicado la ténia y otros entozoarios.

No terminaremos esta somera exposición sin hablar de nuestro río. La clase acomodada teme sus aguas y por esto ocurre á la de los ríos Yanuncay y Capuli; sin duda por la tradicional preocupación de que el Matadero tiene cal. El carbonato de cal en el estado neutro es insoluble, á expensas del ácido carbónico que contiene toda agua, se transforma en bicarbonato, haciéndose así soluble,

cuya solución nunca excede de una diez milésima parte, la cual se descompone en el estómago y presta á la economía beneficios; pues el ácido carbónico excita la mucosa gástrica, y á la vez da á la sangre elementos calcáreos para la nutrición del sistema óseo. Por lo expuesto se vé que el Matadero es inofensivo ántes de tomar la ciudad y que se vuelve matador en las curtiembres, y no por la cal que contiene.

Manuel Palacios.